

# Mojones

Autor: José Roberto Saravia



**Piense en voz alta.**

**¿Sabe qué es una leyenda? ¿En qué se parece y en qué se diferencia al resto de los cuentos? ¿Recuerda alguna leyenda que haya leído o le hayan contado? Después de leer el texto y antes de hacer los ejercicios piense, ¿será esta una leyenda?**

A Fernandito le gustaba mucho jugar con sus autos en miniatura, ir al parque, jugar fútbol con sus vecinos (algunos mayores que él) y salir a pasear con sus padres. Le encantaba ir a la montaña y le fascinaba recorrer de lado a lado la playa, sin olvidar meterse a chapotear con las olas, por supuesto.

Era alegre, juguetón, curioso, parlanchín hasta el extremo y nunca perdía la oportunidad de comer un dulce o un helado (su sabor favorito era el de pistacho). Fernandito era un niño común.

Sin embargo, dos meses después de cumplir los siete años de edad, el pequeño y algo **rechoncho**<sup>1</sup> niño –por causa de tantos helados de pistacho– dejó de ser como los otros. Su cambio fue **abrumador**<sup>2</sup>. Dejó de jugar con sus autos en miniatura.



Los dulces y helados que tanto le apetecían dejaron de serle agradables. Apenas comía lo necesario para **sustentarse**<sup>3</sup>. Como es natural, su figura pasó de rechoncha a casi **esquelética**<sup>4</sup> con gran rapidez. Ya no iba al parque ni jugaba fútbol; tampoco hablaba con sus vecinos.

Cuando sus padres lo llevaban a pasear, prácticamente debían arrastrarlo fuera de su habitación, donde –durante las vacaciones– se encerraba prácticamente todo el día, a menos que lo llamaran para hacer un mandado.

En la playa, se quedaba sentado a la sombra del **parasol**<sup>5</sup> de su familia, como un cangrejo en su caracol, pero inmóvil como las rocas contra las que se estrellan las olas.

<sup>1</sup> **Rechoncho:** Que es gordito y de poca altura.

<sup>2</sup> **Abrumador:** Confuso.

<sup>3</sup> **Sustentarse:** Alimentarse.

<sup>4</sup> **Esquelética:** Que se le ven los huesos bajo la piel.

<sup>5</sup> **Parasol:** Sombrilla grande que se lleva a la playa y se clava en la arena para protegerse del sol.



En la montaña, cuando salía del auto, desaparecía sin dejar rastro por horas... y siempre aparecía junto al auto de su papá cuando ya el sol empezaba a colorearse de rojo en el horizonte y sus padres, desesperados, se disponían a llamar a las autoridades.

No importaba qué tan bien lo cuidasen; bastaban solamente un par de segundos, lo que se tarda en decir “uno, dos”, para que el niño se perdiera y nadie lo encontrara.

Lógicamente, sus padres dejaron de llevarlo a la montaña. ¿Qué padres van a querer llevar a su hijo a un lugar donde ellos saben que con toda seguridad la van a pasar muy mal porque este se desaparece de su vista en un parpadeo?  
Para ahorrarse disgustos y angustias, dejaron de llevarlo a los sitios boscosos.

Y es que no importaba cuánto lo regañasen o lo castigaran al regresar a casa, Fernandito se perdía en menos tiempo del que se tarda en estornudar...

Y cuando regresaba, era imposible enterarse de dónde y cómo se esfumaba. Por más que le preguntaran, el niño mantenía su cabeza baja y sus labios sellados, en una inconfundible mueca de...

¿Enojo?

¿Berrinche?

¿**Testarudez**?<sup>6</sup>

No, si hubiese sido alguna de las anteriores, sus padres lo habrían castigado más duramente, pero el rostro del niño no expresaba malacrianza...

Lo que su cara **plasmaba**<sup>7</sup> era frustración.

Fernandito se hallaba **agobiado**<sup>8</sup>, porque ya le había respondido a sus padres la razón de su cambio tan **drástico**<sup>9</sup>. Lo había hecho desde la primera vez que actuó diferente a su comportamiento habitual: la vez en que lo habían invitado a asistir a la fiesta de Estrella, su vecinita, la que le gustaba.

Dos días antes, él se había esforzado muchísimo por conseguir un regalo bonito para ella. Había intentado envolverlo él mismo, pero ante la poca habilidad de sus dedos regordetes, había terminado aceptando la ayuda de su mamá, toda una experta en el arte de envoltura de **presentes**<sup>10</sup>, grandes o pequeños.

---

<sup>6</sup> **Testarudez:** Necedad.

<sup>7</sup> **Plasmaba:** Moldear para darle una forma determinada.

<sup>8</sup> **Agobiado:** Muy preocupado.

<sup>9</sup> **Drástico:** Radical, muy brusco.

<sup>10</sup> **Presentes:** Regalos.



El día anterior, había salido con sus padres a la montaña. Ahí, en la ribera de un riachuelo, había encontrado algo que, en su mente infantil, haría que Estrella se fijara en él: un curioso **guijarro**<sup>11</sup> con forma de estrella. No bien al regresar, Fernandito había pegado el guijarro en una tablilla cuadrada, que había pintado con témperas y en la que se había **esmerado**<sup>12</sup> escribiendo con su mejor caligrafía: “Para Estrella”.

Esa noche, el niño apenas había logrado **conciliar**<sup>13</sup> el sueño por la emoción. Se sentía tan afortunado porque Estrella lo había invitado a su fiesta de cumpleaños y no podía contener su emoción al pensar en la forma en que la niña reaccionaría cuando viera la piedrita con cinco puntas triangulares.

No obstante, cuando llegó la mañana y su mamá vino a despertarlo para que se bañara y vistiera, Fernandito era otro.

Por más que le insistieron, no quiso asistir al evento que hacía unas horas había sido tan importante para él.

—¿Pero qué pasa, mi tesoro? —lo interrogó su mamá, con un tono de sorpresa y preocupación.

Fernandito le respondió con una voz casi inaudible.

Su mamá repitió la pregunta muchas veces.

El niño le dio la misma respuesta vez tras vez.

—¿Qué pasa, hijo? —le preguntó su papá esa noche cuando regresó de la oficina y después de que la madre del pequeño le hubiese **cuchicheado**<sup>14</sup> algo al oído, mientras el cansado oficinista colocaba su portafolios en el suelo.

Fernandito le respondió y lágrimas bajaron desde sus ojos hasta abajo de sus mejillas. Fueron sus últimas lágrimas.

—¿Que no fuiste a la fiesta por qué? —volvió a preguntar su papá. No podía creer lo que acababa de escuchar.

Al igual que había hecho su mamá, el padre del niño intentó varias veces **sonsacarle**<sup>15</sup> la “verdad” al chiquillo, ignorando totalmente la respuesta que se repetía.

Esa vez, los padres enviaron a su hijo a la cama sin cenar.

Esa fue también la ocasión que marcó el inicio del cambio en el niño.

Sus padres no le habían creído. Habían pensado que él no había querido decirles qué le pasaba.

---

<sup>11</sup> **Guijarro:** Piedra.

<sup>12</sup> **Esmerado:** Esforzado.

<sup>13</sup> **Conciliar:** Provocar.

<sup>14</sup> **Cuchicheado:** Susurrado, dicho en secreto o en voz muy muy baja.

<sup>15</sup> **Sonsacarle:** Sacarle a las buenas o a las malas la verdad, insistir hasta que la diga.



Sin embargo, les había dicho lo que había pasado. Cada una de las veces que le preguntaron ese día.

Si sus padres se sentían **frustrados**,<sup>16</sup> ellos no tenían idea de lo que sentía el pobre niño. Creían que él mentía. Les había contado la verdad y a la vez descubierto lo poco confiables que podían ser los adultos... en especial cuando se trataba de algo tan importante como lo que le había ocurrido al pequeño.

Fernandito se había comido un monstruo.

Por absurdo que sonase, era completamente cierto. ¿Para qué iba a querer el pequeñuelo inventar semejante disparate?

La psicóloga de la escuela había dicho que era para atraer la atención de los demás. Sus padres no le estaban prestando suficiente atención y el niño, como mecanismo de defensa, no había tenido más opción que consumir, a manera de nutriente exótico, un representante horrible del mundo fantástico.

Es cierto, a Fernandito no le había ido muy bien en matemáticas ni en estudios sociales ese trimestre, pero fue más culpa de la nueva consola de videojuegos de Fabián, el niño que vivía en la casa del frente, que de cualquier otra cosa.

¿Era acaso porque él, secretamente, envidiaba a su amiguito y deseaba un aparato como el suyo?

En realidad, el niño había pasado tanto tiempo jugando con la consola de Fabián que no había tenido tiempo de meditar si deseaba una para él mismo. Además, no era un niño envidioso... jamás lo había sido. Ni siquiera cuando Javier, el compañero más **presuntuoso**<sup>17</sup> de su sección (y quizás de toda la escuela), había llevado su Robodroid X al salón de clases. Tener un Robodroid X era ser el dueño de mucho más que un juguete: era tener un androide que caminaba, corría, bailaba y hasta jugaba al fútbol... sin contar que obedecía órdenes verbales y podía conversar con su dueño.

Bueno, tal vez esa vez sí sintió algunas ramas de envidia treparse por sus piernas hacia su estómago para, con sus tallos largos y espinosos, apretarle el cuello...

Sin embargo, Fernandito olvidó ese agrio sentimiento pronto. Sabía que sus padres jamás podrían comprarle un robot como el de Javier. ¿Para qué amargarse la vida entonces?

---

<sup>16</sup> **Frustrados:** Decepcionados.

<sup>17</sup> **Presuntuoso:** Muy creído.



Otro psicólogo había concluido que el problema de Fernandito era más el resultado de la tensión entre un corazón de niño y otro que despierta **precozmente**<sup>18</sup> hacia la pubertad... El niño, asustado por los sentimientos que su vecinita despertaba en él, había creado todo un circo para **lidiar**<sup>19</sup> con sus deseos en conflicto. Un circo oscuro y horrible, sin payasos y con un solo acto. “¡Vengan, señoras y señores!” “¡Vengan y admiren al niño que es capaz de devorar a un monstruo!” “¡Es un acto único en el mundo: el niño traga-monstruos en persona!”. Ridículo.

¿No sería más bien la poca credibilidad que los adultos veían en los niños lo que causó el **viraje**<sup>20</sup> tan **abrupto**<sup>21</sup> en la persona del pequeño? Se volvió **tácito**<sup>22</sup>. Se olvidó de sus pasatiempos y se encerró en un mutismo **infranqueable**.<sup>23</sup>

Sus amigos, naturalmente, se fueron alejando de él hasta que Fernandito se convirtió en un niño solitario y distante. Un niño con un secreto **insondable**.<sup>24</sup> Un secreto que él había revelado desde el principio: se había comido un monstruo. ¿Por qué nadie quería creerle?

¿Y cómo es que un niño de siete años puede ser capaz de **engullir**<sup>25</sup> un horrendo monstruo?

¿No es más bien al revés? Los monstruos son los que normalmente devoran niños, especialmente a aquellos que se portan mal. Lo hacen aprovechando su tamaño **colosal**<sup>26</sup> y sus bocas enormes, llenas de dientes filosos o –por el contrario– desprovistas de dentadura, pero similares a un túnel sin salida.

Era por dicha razón que ningún adulto quería creer que un niño como Fernandito, sin importar lo gordito que pudiese ser, pudiese tragarse un enorme y espantoso monstruo.

Claro, los adultos –o por lo menos la mayoría– tampoco **atinan**<sup>27</sup> a creer que un pequeño niño sea capaz de arrancar de **cuajo**<sup>28</sup> un imponente baobab, o que existe un pájaro, tan frágil como las garzas que es capaz de matar a picotazos un cocodrilo, para después dar cuenta del desafortunado reptil.

No, no se trata de un millón de pájaros contra un solo saurio milenario. Es un combate entre un ave y un temible cocodrilo...

---

<sup>18</sup> **Precozmente:** Antes de tiempo.

<sup>19</sup> **Lidiar:** Pelear.

<sup>20</sup> **Viraje:** Cambio brusco y repentino.

<sup>21</sup> **Abrupto:** Sin aviso, que ocurre de pronto.

<sup>22</sup> **Tácito:** Que no hace falta nombrar para que se entienda de qué se trata.

<sup>23</sup> **Infranqueable:** Que no es posible de traspasar.

<sup>24</sup> **Insondable:** Que es imposible comprender lógicamente.

<sup>25</sup> **Engullir:** Tragar sin masticar.

<sup>26</sup> **Colosal:** Enorme como un coloso.

<sup>27</sup> **Atinan:** Aciertan.

<sup>28</sup> **Cuajo:** De raíz.



¿Cómo es esto posible?

Es posible porque los temibles cocodrilos, antes de llegar a ser criaturas fuertes y blindadas, son animales pequeños. Son lo suficientemente pequeños para que un avecilla pueda comérselos.

Fue así como sucedió en el caso del niño.

Justo como él lo había relatado ya incontables veces, todo había ocurrido la noche anterior al cumpleaños de Estrella...

El niño, **sobrecogido**<sup>29</sup> por la emoción, tenía problemas para dormir.

Contó ovejas, pero desistió cuando llegó al millar de ellas. Normalmente no llegaba ni a cien, pero alcanzar una cuenta de mil ovejas le pareció una **proeza**<sup>30</sup> digna del más grande aburrimiento, así que –en lugar de seguir con la cuenta– las dejó pastar libremente fuera de su corral imaginario.

Estaba justamente pensando qué otra cosa hacer –tal vez repasar los nombres y logros de los presidentes nacionales, esos que tanto le había costado recordar en el examen de estudios sociales–, pero un ruido muy peculiar lo sobresaltó en la oscuridad.

Fernandito no creía realmente en los monstruos. No obstante, como todo niño de su edad, les guardaba un sincero temor, especialmente después de mirar una película de terror que se suponía no debía ver. En esas ocasiones, luego de irse a la cama, rezaba más **fervientemente**<sup>31</sup> que nunca sus oraciones y se consumía entre sus cobijas, siempre cubriendo cuidadosamente su cabeza con la sábana como si esta fuese un campo de fuerza **impenetrable**<sup>32</sup> para los monstruos, fantasmas y espantos.

Esa noche, el niño no había visto ninguna película de miedo, por lo que su estado de ánimo no **influiría**<sup>33</sup> en lo que se hallaba por presenciar...

En la oscuridad, escuchó un ruido nada normal. Era el sonido que produce la madera cuando está siendo rasgada y el de las astillas del mismo material cuando las quiebran sin ningún tipo de contemplación.

El pequeño lógicamente se sobresaltó. Nadie esperaría un ruido semejante en el silencio y la oscuridad de su habitación. ¿Habría sido un ruido imaginado por su infantil mente, que ya caía en los brazos cálidos del sueño?

El sonido se repitió, esta vez acompañado por leves gruñidos.

---

<sup>29</sup> **Sobrecogido:** Doblado sobre sí mismo.

<sup>30</sup> **Proeza:** Logro muy difícil de alcanzar.

<sup>31</sup> **Fervientemente:** Con mucha dedicación y fe.

<sup>32</sup> **Impenetrable:** Donde no es posible entrar.

<sup>33</sup> **Influiría:** Actuaría como él quisiera, lo convencería.



Fernandito, lejos de sentir cómo la calidez del sueño lo **acogía**<sup>34</sup>, percibió un horrible frío en todo su cuerpo que le puso la carne de gallina y le entumeció las cuerdas vocales.

¿Sería un animal? ¿Una rata?

Escuchó con atención, deseando que los sonidos no se repitieran.

Para su desgracia, pronto los escuchó otra vez. Había algo en su cuarto, eso era seguro. ¿Pero qué?

El niño recordó la vez que un zorro pelón (o zarigüeya, como lo llaman en otros países) se había colado al interior de su casa y había hecho estragos en la cocina. “¡Eso es!”, se dijo. “¡Debe ser un zorro que está rompiendo algo!”. Entonces, pensó en el regalo para su vecina. “¡No puede ser! ¡El regalo!”, exclamó para sus adentros.

Sin pensarlo siquiera, alargó un brazo hasta una mesita al lado derecho de su cama. Sobre ella, él mantenía una linterna que le había sido útil incontables veces. Con un movimiento preciso, la tomó a oscuras y la encendió. Dirigió el haz de luz hacia el lado contrario, hacia la ventana. Bajo esta se hallaba su pequeño escritorio, en cuya superficie él había colocado el presente y sobre el regalo descansaba la tablilla con la piedra, a modo de tarjeta. No se hallaban allí. Instintivamente, dirigió la luz de su linterna hacia abajo, hacia las patas del mueble, esperando encontrarse con el furtivo zorro. Sintió una rabia enorme cuando observó lo que había ocurrido.

El paquete con el regalo **yacia**<sup>35</sup> en el suelo, intacto al parecer. Sin embargo, la suerte de la tarjeta hecha de tablilla –en la que él había puesto su mayor empeño y creatividad– no había sido para nada **benigna**<sup>36</sup>: algo la había reducido a cuantiosas astillas, que reposaban **desperdigadas**<sup>37</sup> en un radio de metro y medio... y la piedra no se veía por ningún lugar.

De inmediato, el niño salió de la cama y encendió la luz de su habitación. ¡Ay del zorro si aún se encontraba en los alrededores! Una cólera ciega nublaba la mente de Fernandito.

Entonces, el niño escuchó un golpe sordo detrás de sí. Se giró hacia la cama y allí vio la piedra... y una extraña, aunque minúscula criatura, empeñada en arrastrar el guijarro tras de sí.

¿Qué era ese diminuto ser, cuya altura alcanzaría a lo sumo tres centímetros?  
¿Algún tipo de insecto?

---

<sup>34</sup> **Acogía**: Refugiaba.

<sup>35</sup> **Yacia**: Estaba tirado como muerto, completamente inmóvil.

<sup>36</sup> **Benigna**: Buena.

<sup>37</sup> **Desperdigada**: Desmigajada, repartida en muchos pedazos pequeños.



No, se trataba de algo muy distinto. Se alzaba sobre dos extremidades delgadas y lisas como fósforos, aunque su cuerpo, de forma redondeada y peluda, parecía demasiado para ellas. Poseía dos brazos aún más delgados y largos que sus piernas; cada uno terminaba con una veintena de dedos o más bien **filamentos**<sup>38</sup>, que le servían para asirse a las cobijas como soporte, ya que el material y consistencia de estas le ofrecían gran resistencia a la criaturilla e impedían su avance. No había rastro de cabeza, orejas, nariz u ojos en el ser tan peculiar. Aferraba dos puntas de la piedra con unos **apéndices**<sup>39</sup>, similares a tentáculos, que surgían de los extremos de su boca y se esmeraba en arrastrar la pieza mineral consigo.

Fernandito, totalmente helado en su sitio, dejó escapar un sonido ahogado al mirar semejante visión. El monstruo, al verse descubierto, emitió un gruñido. Su boca era enorme y estaba provista de muchísimos dientes afilados. ¡Así había logrado desbaratar la tablilla con facilidad!

La criatura arrastró su pétreo botín unos diez centímetros más, hacia el borde de la cama. Se encontraba a tan solo treinta centímetros para desaparecer del campo de visión de Fernandito, quien pensó que –una vez en el suelo– el pequeño ladrón se hallaría en un terreno más ventajoso. El solo pensamiento de que dicho ser se saliera con la suya renovó la cólera del niño.

“¡Ah, no! ¡No te vas a robar la piedra para Estrella!”, se dijo y sin pensarlo, arrojó a la piedra la linterna que hasta el momento sostenía en su mano.

Por suerte, su tiro fue certero; el foco golpeó directamente su objetivo, separando a la minúscula bestia por el impacto y haciéndola caer del mueble, en el cual el niño se instaló con rapidez de un salto.

Tomando su tesoro de un manotazo, Fernandito estiró su cuello hacia el borde de la cama, para ver qué había sido del intruso.

Lo halló tirado en el suelo, cerca de la pared e inmóvil junto al foco, que en el rebote había caído de la cama y se había llevado al diminuto monstruo consigo.

Preso de la curiosidad, el niño se dejó caer boca abajo en la cama y arrastró su cuerpo, estirado **perpendicularmente**<sup>40</sup> en la cama, hacia la diminuta criatura.

“¿Lo habré matado?”, pensó el niño, acercándose todavía más y estirando un brazo **cauteloso**<sup>41</sup> hacia el extraño ser.

---

<sup>38</sup> **Filamentos:** Con forma de hilo muy fino.

<sup>39</sup> **Apéndices:** Partes que están añadidas al final o sobresalen, como los dedos o la cola.

<sup>40</sup> **Perpendicularmente:** Horizontalmente.

<sup>41</sup> **Cauteloso:** Cuidadoso.



Podía ver que este poseía muchos brazos alrededor de su esférico y peludo cuerpo, ahora extendidos en su totalidad. Antes no los había visto, porque el intruso los ocultaba en su pelaje negro.

El pequeño tomó con cuidado el foco y con un extremo, probó tocar el cuerpecillo **inerte**<sup>42</sup>.

Fue entonces que el monstruo abrió su desproporcionada boca.

Como era de esperarse, Fernandito saltó hacia el centro de su cama mientras sus pulmones se llenaban con aire para gritar...

Pero, para su desgracia, el intruso ya había saltado hacia él, con intención de **asir**<sup>43</sup> la piedra de nuevo. Desafortunadamente, el niño se encorvó sobre la estrella, todavía con su boca bien abierta. En cuestión de un segundo, el ente diminuto había ido a parar, por accidente, justo al interior de la boca de Fernandito, quien –en un **acto reflejo**<sup>44</sup>– lo único que pudo hacer fue tragar.

El pequeño sintió algo viscoso y frío bajar por su garganta, mientras tosía encorvado.

Ya era demasiado tarde. Se había tragado al monstruo.

Luego, todo se oscureció.

Fernandito no supo más hasta el día siguiente cuando su mamá lo despertó para que se preparase y fuera a la fiesta.

Al principio, el niño pensó que todo había sido un mal sueño, pero al notar el regalo en el suelo, rodeado de un sinfín de astillas y pedazos de madera, los recuerdos de la noche anterior volvieron lenta y dolorosamente a su memoria, acompañados de una desagradable pesadez en su estómago y una sensación de asco en su paladar.

Fue en ese momento cuando él decidió faltar a la fiesta. Después de todo, se había comido una horrenda criatura desconocida. ¿Quién puede disfrutar del pastel y los helados o pensar en divertirse, luego de semejante bocadillo nocturno? Fernandito no, de seguro.

El niño sentía miedo. ¿Si los monstruos son malos y realizan acciones terribles, no haría lo mismo el que se había tragado? ¿Y si de pronto la criaturilla empezaba a masticar las entrañas del niño desde adentro para salir, como en una película que él había visto?

---

<sup>42</sup> **Inerte:** Que no se mueve como si estuviera muerto.

<sup>43</sup> **Asir:** Agarrar con mucha fuerza

<sup>44</sup> **Acto reflejo:** Acción involuntaria, que se hace sin querer, por instinto.



No, el **ente**<sup>45</sup> diminuto ya lo habría hecho. Tuvo tiempo de sobra cuando Fernandito había caído dormido. Por alguna extraña razón, el monstruo no había luchado por salir del cuerpo del pequeño.

Entonces, ¿lo habría digerido ya su estómago?

La pesadez en su vientre le indicaba lo contrario. Seguramente el intruso seguía allí, dentro del cuerpo del niño, que era presa de los más espantosos pensamientos. A diferencia del mundo de los cómics, en los que accidentes terribles le brindan superpoderes a individuos comunes, él no percibía ningún cambio positivo en su persona.

Al menos, tampoco percibía ninguna alteración para mal. ¡Qué alivio!

La tranquilidad de Fernandito duró muy poco, no obstante.

¿Y si el monstruo tomaba el control de su cuerpo **paulatinamente**<sup>46</sup>?

¿Y si el pequeño, poco a poco, descubría que se empezaba a convertir en el ser que se había comido?

Fernandito se vigiló a sí mismo a cada momento en el espejo ese día, pero no detectó nada anormal. Solamente persistía la pesadez en su estómago.

“¡Ese monstruo quería la piedra con forma de estrella!”, recordó el niño. “¿Dónde está?”. La buscó frenéticamente, pero no la encontró en ningún lado.

Cansado de buscar, se sentó en el suelo y se **percató**<sup>47</sup> de que llevaba la estrella pétrea en su bolsillo. ¿Cómo había llegado ahí? Aunque le aterraba que otras criaturas pudieran venir a buscarla, **optó**<sup>48</sup> por llevarla consigo siempre. No sabía para qué la podía haber querido el ente original, pero no iba a cedérsela a sus repulsivos **congéneres**<sup>49</sup> por descuido.

Para fortuna del pequeño, ningún otro monstruo se presentó.

Pero Fernandito, notando que nadie le hacía caso en su dilema, se fue volviendo un niño retraído y **huraño**<sup>50</sup>.

Meses después, la familia del pequeño salió de paseo a un río llamado Río Celeste por el color de sus aguas. Fernandito no quería salir del auto, pero no tuvo más remedio que obedecer a sus papás y abandonó el vehículo.

El pequeño acompañó a sus padres por el sendero hasta la ribera.

---

<sup>45</sup> **Ente:** Ser que tiene existencia imaginaria o real pero no es visible.

<sup>46</sup> **Paulatinamente:** poco a poco.

<sup>47</sup> **Percató:** Se dio cuenta.

<sup>48</sup> **Optó:** Eligió

<sup>49</sup> **Congéneres:** Seres de su misma clase.

<sup>50</sup> **Huraño:** Poco cariñoso.



Era un río hermoso e invitaba a deleitarse en sus aguas, celestes como el mar en un buen día de verano.

Sin embargo, Fernandito no se divirtió en ese lugar. En un momento, su vista se nubló y todo empezó a girar a su alrededor...

Cuando abrió los ojos, se hallaba solo, junto al vehículo. Se incorporó lentamente. Dos minutos después, sus padres, con rostros angustiados, aparecieron por el sendero y hallándolo allí, corrieron hacia él para ametrallarlo con preguntas sobre su paradero y por qué se había escondido. El niño no poseía respuesta alguna, pero sospechaba que el monstruo en su estómago sí conocía las soluciones a todas esas interrogantes.

La misma situación sucedió las otras veces que la familia fue de paseo a zonas montañosas y el niño salió del automóvil. El pequeño desaparecía en cuestión de segundos y aparecía casi al final del día, siempre junto al auto.

—Deben ser los duendes. ¡Ellos seguro hechizaron al chiquito! —había exclamado la tía Hortensia cuando los padres de Fernandito le refirieron los problemas de su hijo, mientras el **aludido**<sup>51</sup> —ya con 9 años cumplidos— se hallaba viendo televisión en la sala, ajeno a la plática de los adultos.

—¿Ay, Horte, cómo se te va a ocurrir semejante tontería? —replicó la mamá del niño, dirigiéndole una severa mirada a su hermana mayor.

—¡No me digás que vos ya no creés en los duendes! —se defendió la tía Hortensia—. ¿No te acordás de la vez que vimos uno en el río y quería que nos fuéramos con él? La mamá de Fernandito bajó la vista. Su esposo, incrédulo, abrió los ojos a más no poder. ¡No conocía la historia!

—Sí, así fue. Vimos un chiquito, pero todo arrugado, que nos hacía señas para que lo siguiéramos a un potrero que quedaba al otro lado del río. Y casi nos vamos, pero cuando llegamos a la orilla, algo nos detuvo y no pudimos seguir... —le relató la tía al padre del pequeño—. Al final, como nosotras no podíamos movernos de donde estábamos, el duende se marchó con una mueca de disgusto.

La mamá del pequeño asintió. Había olvidado la historia, pero ahora la recordaba.

—Tía Hortensia, ¿y cómo hace uno para librarse de un duende? —interrumpió el niño. Apenas había escuchado la palabra “duende”, se había acercado sigilosamente al lugar. Había escuchado todo.

---

<sup>51</sup> **Aludido:** Nombrado.



—¡Ay, papito, yo no sé! —respondió la tía, para despecho del pequeño—. Pero mami sí debe saber. Decíle a tus papás que te lleven donde abuelita Rosi; ella te puede enseñar cómo.

“¡La abuelita Rosi! ¡Claro! ¡Es la mamá de la tía Hortensia y de mami! ¡Ella conoce un montón de leyendas; tiene que saber!” , pensó Fernandito, viendo un rayo de esperanza por primera vez en mucho tiempo.

—¡Mami, papi!, ¿podemos ir un día donde la abuelita Rosi? —rogó el chiquillo. Sus papás no lo habían llevado a verla en bastante tiempo, aunque ellos sí la habían ido a visitar varias veces.

Después de pensarlo y discutirlo un rato, los padres asintieron. Le prometieron a su hijo que visitarían a la abuela el siguiente domingo. Total, si tanto doctor no había podido entender qué le pasaba a Fernandito, no haría daño saber lo que pensaría la viejecita de 80 años, quien no había querido abandonar su **rústica**<sup>52</sup> casa campesina en el rincón más alejado del país. También intentarían vigilarlo más cuidadosamente.

Cuando llegaron a la casa de la abuelita Rosi, muy temprano en la mañana, pudieron ver a la viejecita esperándolos en la entrada.

—¡Fernandito, m'hijito! ¿Cómo está mi chiquito? —saludó la abuela al ver a su nieto... Lo notó pálido y muy delgado, pero no dijo nada... La viejita les tenía para el desayuno pan recién horneado, gallo pinto, tortillas caseras con queso y natilla, y una aguadulce riquísima. Curiosamente, el niño dio cuenta de todo con un apetito voraz. Casi ni había sentido a su indeseable huésped.

Ya su hija le había contado a la abuela lo que le sucedía a Fernandito otras veces que la había visitado (no habían llevado al niño allí por temor a que se perdiera, como casi siempre ocurría cuando este iba al campo).

—Me dijo tu mamá que algo te pasa... —empezó a decir la abuela.

El chiquillo, sin pelos en la lengua, le contó su problema a la señora. Para su sorpresa, la viejecita sí lo tomó en serio. Lo escuchó atentamente y le hizo preguntas. El niño incluso le mostró la piedra que siempre llevaba en su bolsillo.

—Abuelita Rosi, ¿me hechizaron los duendes? —preguntó el niño, desesperado.

La **octogenaria**<sup>53</sup> mujer, sentada en su silla mecedora, negó con la cabeza.

---

<sup>52</sup> **Rústica:** Del campo.

<sup>53</sup> **Octogenaria:** Que tiene entre ochenta y noventa años.



—No, mi chiquito; no es cosa de duendes —concluyó ella al fin—. Más tarde, después del almuerzo, vamos a ir al río solo vos y yo. Ahí te voy a explicar todo —le dijo amigablemente y se levantó de su lugar para ir a hablar con los papás de su nieto.

Las horas pasaron lentas y perezosas para el niño. Deseaba ir al río para enterarse de su situación.

Después del almuerzo (otra vez Fernandito comió con gran apetito), descansaron un rato y finalmente, la abuela tomó su bastón para ir con su nieto a un riachuelo cercano.

—Tome, cómase estas hojitas de menta y esta yerbabuena para que no se maree, papito —le sugirió con dulzura la abuela Rosi al pequeño mientras caminaba con su paso lento.

Fernandito obedeció. Si empezaba a oscurecerse su visión, se perdería otra vez.

Luego de andar un rato, se encontraron frente al escaso caudal del riachuelo.

La abuela buscó un lugar apropiado y se sentó, mirando al agua. Llamó a su nieto para que la acompañase.

Una vez que este se sentó junto a ella, preguntó impaciente:

—Abuelita, ¿qué tengo? ¿Me comí un duende?

La viejecita, con voz reconfortante, le dijo que no. Luego adoptó un tono serio.

—Es algo complicado. El monstruo que te comiste sin querer era un Mojón. Como era pequeño e inexperto, terminó dentro de vos, pero sigue allí. Esos bichos se hacen bastante más grandes, crecen más o menos al tamaño de una mata de café.

El chiquillo palideció. ¿Significaba aquello que el Mojón iba a crecer dentro de su estómago?

La anciana, adivinando los pensamientos de su nieto, prosiguió:

—No te preocupés. Mientras esté dentro de vos, se va a quedar chiquitico. Lo malo es que él tiene que seguir su vida, aún dentro de tu panza. Pero él nada más puede disponer de tu cuerpo en las montañas, donde es más fuerte su poder, porque los otros como él lo ayudan. Por eso te desmayás en el campo, en especial cerca de los ríos.

—¿Cuándo me desmayo...? —tartamudeó el niño.

—Sí. Él usa tu cuerpo como si fuera el suyo. Supongo que se va a su tierra, por eso no te encuentran por ningún lado —le explicó la abuela.

Fernandito se llevó la mano a su estómago. ¿Y qué quería el monstruo de él? ¿Usaba su cuerpo para hacer diabluras, asustar gente —o peor aún— comer niños?



La abuela rió cuando escuchó a su nieto.

—¡No, m'hijito! Los Mojones podrán ser feos, pero más bien ayudan a los niños. Los protegen de los duendes —le explicó.

El pequeño no entendió.

—Mirá, en realidad, nadie sabe cómo se llaman esos bichos, solo el Dueño de Monte. Aquí les decimos Mojones, pero un mojón en realidad es como un poste que se pone para marcar el límite de un terreno. En otras partes le llaman a esas criaturas Cuidamojones, porque eso es lo que hacen. El Dueño de Monte, sabiendo lo traviosos y hasta crueles que pueden ser los duendes con los niños, decidió ponerles límites. Esos límites están marcados con piedras de formas diferentes y para evitar que los duendes usen a los niños para quitarlas le pidió a unas criaturas negras y feas que cuidasen las piedras. Cada bicho de esos se encarga de cuidar una. La que vos te llevaste, esa que me enseñaste, era seguramente la del monstruo pequeño que te terminaste comiendo cuando él fue a recuperarla.

Fernandito suspiró. ¿Entonces la criatura tan horrible que se había tragado no era mala?

La anciana continuó:

—El Mojón que vive en vos hizo que llevaras siempre la piedra para no perderla de vista, pero su territorio quedó libre a los duendes cuando vos te la llevaste para la casa. Lo único que él puede hacer ahora es ponerte a dormir, cuando tiene suficiente poder, para pedirle a sus amigos que lo lleven a su territorio y así poder cuidarlo tanto tiempo como le sea posible. Eso es lo que te pone a hacer cuando vos vas al campo: te pone a proteger a los chiquitos de los duendes con su piedra. El niño comprendió al fin.

—¿Pero, abuelita, no hay forma de que el Mojón pueda salir de mí?

—Esa es la parte difícil. Se supone que nadie puede ver a los Mojones. Si alguien los ve, otro de su especie debe reemplazarlo, porque nadie puede ver al mismo Mojón más de una vez. En tu caso, como ya lo habías visto y no había forma de que lo reemplazaran, la única opción para el pobre monstruo era meterse dentro de vos, así no lo podrías ver más.

—¿Pero y si cierro los ojos cuando salga? —porfió el niño.



—Eso no se puede. Según dice la leyenda, un bicho de esos solamente puede salir de donde está escondido si el que lo vio antes presencia su salida. Ahí está el problema: no podés verlo dos veces, ¿entendés?

Fernandito contuvo un par de lagrimones que amenazaban con escaparse de sus ojos color café oscuro.

—¿Entonces no puedo hacer nada?

La abuelita, sabia gracias a su larga experiencia, meditó por un instante.

—Sí se puede hacer algo, pero tenés que ser valiente.

—¿Qué hago, qué hago? —quiso saber el chiquillo. Ahora sentía más pena por el pobre monstruo que por sí mismo. La anciana notó la determinación y la compasión en el corazón de su nieto y sonrió.

—Lo primero que vamos a hacer es buscar otra piedra con una forma rara, como la tuya —le susurró ella al oído—. Tenemos que atraer otro Mojón. Tomá, comete otro poco de menta y de yerba buena para que el mojón en tu panza se duerma y no haga nada mientras buscamos. Si ves la piedra, agarrala muy fuerte con ambas manos, cerrá los ojos y llamame. ¡No los vayás a abrir!

El pequeño asintió en silencio y los dos se dieron a la tarea de buscar una piedra de forma extraña, una que servía de límite para que los duendes no pudiesen andar libremente por el campo.

Ambos buscaron en los alrededores por espacio de dos horas. Fernandito estaba por rendirse cuando, por casualidad, observó un destello de luz entre la hierba. Se acercó al lugar en cuestión y descubrió una piedra pómez cuya forma recordaba un corazón.

—¡Abuelita, abuelita! —gritó el niño, con la piedra apretada contra su pecho y los ojos firmemente cerrados.

La anciana se acercó y le pidió al niño que le mostrase el objeto, siempre advirtiéndole que no abriese los ojos. Sí, sin duda era otra marca de un límite para los duendes.

—Mojón, Mojón —llamó la abuela, ahora también con sus ojos cerrados—. ¡Necesitamos que venga!

Solamente escuchaban los sonidos del potrero.



—Vea, m'hijito... —lo instruyó ella— ... ahora va a venir el mojón encargado de esta piedra, espero que sea grande, pero quiera Diosito que no lo sea mucho. Usted tiene que ser valiente y muy, muy fuerte.

No había terminado la última sílaba, cuando abuela y nieto empezaron a oír pasos y gruñidos. Por el sonido, supieron que se trataba de un Mojón bastante más grande y probablemente mucho más feo.

—Mojón, Mojón, con todo respeto... —se dirigió al monstruo la anciana— ... mi nieto aquí se tragó sin querer a uno de ustedes y quiere devolverlo...

—¡No puede salir, no puede salir! —le pareció a Fernandito escuchar, pero no con sus oídos, sino dentro de su cabeza.

—Hay una forma de que el Mojón chiquitito salga... —prosiguió la viejecita, aún sin abrir los ojos— ... pero necesitamos su ayuda, por favor. Usted debe entrar al estómago de mi nieto y tragarse al Mojón chiquitito. Después puede salir cuando mi nieto abra los ojos.

Fernandito palideció. Había pasado grandes apuros por causa de un diminuto monstruo de tres centímetros... ¿Y ahora debía tragarse uno quién sabe de qué tamaño? Asió con fuerza el brazo de su abuela.

—¡Fernandito, sea valiente! —le recordó su abuela con tono severo. El niño asintió. Sería valiente. Todo había sido su culpa.

—¡Señor Mojón, por favor! ¡No lo haga por mí, sino por uno de los suyos! —se escuchó decir el pequeño.

—¿Qué es eso? ¡Jamás había visto un niño tan compasivo y bien educado! —escuchó de nuevo el pequeño en su mente. La anciana, por su parte, solamente escuchaba a la bestia **proferir**<sup>54</sup> gruñidos y balbuceos.

Fernandito abrió su boca lo más que pudo y dijo “¡aaaaahhhh!” como cuando iba donde el dentista. Así la abuela, siempre con los ojos cerrados, se dio cuenta de que el monstruo había accedido a su petición.

El pequeño de pronto sintió algo peludo y maloliente en su cara. Luego volvió a experimentar la misma viscosidad de antes, pero en una cantidad mucho mayor, descendiendo por su garganta.

---

<sup>54</sup> **Proferir:** Decir de manera poco educada.



Tosió. Sentía un asco extremo, pero no debía vomitar. Tosió y tosió hasta que logró controlarse. Ahora sentía algo del tamaño de un balón de fútbol en su barriga.

—Ya podés abrir los ojos”—le indicó la abuela Rosi.

El vientre abultado del niño era una vista sorprendente. Fernandito perdió el equilibrio por el peso de la criatura y cayó sentado en el pasto.

—Tenés que decirle al Mojón que ya puede salir —le dijo la anciana—. No olvidés ser muy respetuoso.

—Señor Mojón... ya... ya puede salir... por favor —balbuceó el niño, sentado en la hierba.

Entonces, una gelatina negra y hedionda salió expulsada a grandes chorros por la boca del pequeño, que había palidecido y lágrimas corrían de sus ojos por el esfuerzo.

La baba tomó forma y se convirtió en el Mojón grande. Era de por lo menos un metro de alto y su forma no era redondeada, sino más bien ovalada. Sus múltiples brazos, que rodeaban todo su cuerpo cubierto de un pelambre negro y espeso, parecían las ramas leñosas de un arbusto. El niño contó al menos veinte largos dedos al final de una de dichas ramas.

La abuela le entregó ambas piedras al monstruo, que se cuidaba muy bien de no abrir su boca.

—¡Muchas gracias, señor Mojón! —dijo Fernandito entre espasmos.

—¡Gracias de verdad! —secundó la anciana.

Ambos sabían que nunca volverían a ver a esa criatura, ya que —por rescatar a su congénere— sería sustituido por otro... y con ello el límite para los duendes se modificaría.

Recibieron por respuesta un sinfín de balbuceos ininteligibles de parte de la criatura, que ahora se hallaba de espaldas a ellos. El monstruo agitó seis de sus brazos, quizás a manera de despedida y con un salto formidable, se perdió en el follaje de un árbol.

—¡Usté fue muy valiente, Fernandito! —lo felicitó su abuela, mientras, apoyada en su bastón, se disponía a avanzar hacia la casa.

—¡Gracias por todo, abuelita! —exclamó el niño y abrazó a la viejecita. Había aprendido mucho de ella. El pequeño ya no sentía pesadez en su estómago.

Deseaba hincar el diente en una de las deliciosas tortillas con queso de su abuela y escuchar más leyendas que la anciana sin duda le podría relatar.



**Piénselo bien. Lea cada pregunta y marque la respuesta que considere correcta.**

**1. ¿Qué alertó a la madre de Fernando de que a su hijo le pasaba algo extraño?**

- a) Que se negara a ir a la fiesta de Estrella que lo ilusionaba tanto.
- b) El hecho de que empezara a perder peso, a adelgazar, comiendo la misma cantidad que antes.
- c) Las malas notas que sacó en los exámenes de estudios sociales y matemáticas.

**2. ¿Sabía Fernando realmente lo que le había ocurrido?**

- a) Sí, recordaba haberse tragado el monstruo pero nadie le creía.
- b) Más o menos, como no creía que existieran los monstruos pensaba que había tenido una pesadilla terrorífica.
- c) No, él también pensaba que estaba enfermo.

**3. ¿Cuál era la misión de los mojones?**

- a) Servir de límite para que, quienes caminan por la montaña, no se pierdan.
- b) Proteger a los niños y a las niñas de los duendes.
- c) Evitar que las personas se llevaran piedras de las montañas o conchas del mar y alteraran la naturaleza.



**Esta guía aborda el siguiente contenido curricular procedimental del Programa de Estudio de Español para II ciclo:**

**Cuarto año escolar**

11.2. Aplicación del conocimiento sobre estructuras y unidades básicas gramaticales en la producción textual escrita y oral de:

informes, cuentos, leyendas, poesías, cartas, noticias, instrucciones, entre otros.

**Quinto año escolar**

8.1. Aplicación de estrategias de interpretación (inferencias, hipótesis, conjeturas, analogías, conclusiones, proposiciones) para captar el sentido global del texto. • Actitud crítica ante la lectura de obras literarias significativas y apropiadas para la edad, como expresión de sentimientos y representaciones de la realidad, para ampliar la visión de mundo. • Sensibilidad ante la lectura apreciativa de textos literarios.

**Sexto año escolar**

9.1. Utilización de estrategias de reconocimiento de los diversos géneros literarios (poesía, cuento, novela, drama, leyenda) para la comprensión global de los textos. Identificación del lenguaje figurado presente en adivinanzas, trabalenguas, bombas, refranes, frases célebres y dichos populares para una mejor comprensión de los géneros literarios.

Avalado por:



José Roberto Saravia es un joven escritor que pertenece al colectivo Citrino, él donó este cuento para que formara parte de la Biblioteca Virtual.

Su respectiva guía, se encuentra publicado en la Biblioteca Virtual ([https://micuentofantastico.cr/biblioteca\\_virtual/](https://micuentofantastico.cr/biblioteca_virtual/)). Los derechos de autor de este material didáctico quedan reservados por la Asociación Amigos del Aprendizaje (ADA). Se prohíbe su uso comercial, su venta o su uso en sitios web sin el permiso previo y por escrito de ADA.